

Epifanía del Señor: "Venimos a adorarle"

Lectio de Mateo 2,1-12

P. Fidel Oñoro cjm

*'Magos ustedes son nuestros santos más santos,
siempre náufragos en este infinito;
pero siempre a tientas preguntaron,
miraron en los abismos del cielo
hasta que los ojos de su corazón ardieron'*

(D. M. Turolto).

Un mensaje de esperanza recibimos hoy: hay un Dios de los lejanos, de los caminos, de los cielos abiertos, de las dunas infinitas, hacia el cual todos pueden hacer un camino.

Hay un Dios que te hace respirar, que está en una casa y no en el templo, en la pequeña Belén, no en la gran Jerusalén.

Y los Herodes que aparecen en el camino podrán oponerse a la verdad, frenar su propagación, pero nunca bloquearla, porque ella de todas maneras vencerá. Incluso si es tan débil como un niño.

Intentemos recorrer el camino de los Magos como si fuera una historia del alma.

El primer paso: "Levanta la cabeza y mira".

Lo escuchamos en la primera lectura (Isaías 60, 1-6).

No invita a salir de nuestros esquemas, a correr detrás un sueño, de una intuición del corazón, a mirar más allá.

El segundo paso: Caminar.

Para encontrarse con el Señor es necesario hacer un itinerario, como un viaje, con inteligencia y con el corazón.

Es necesario buscar, de libro en libro, pero sobre todo de persona en persona, gente que nos da el testimonio y nos lleva hasta el Señor.

El tercer paso: Buscar juntos

Los Magos no son "tres" sino "algunos", como dice el Evangelio de Mateo.

Son un pequeño grupo que mira en la misma dirección, explorando el cielo y poniendo la mirada en las criaturas, atentos a las estrellas y atentos unos a otros.

El camino de los magos está lleno de tropiezos:

- llegan a la ciudad equivocada;
- hablan del niño con el asesino de niños;
- pierden la estrella;
- buscan un rey y encuentran un niño, no en un trono, sino en los brazos amorosos de la madre.

Sin embargo, no se rinden ante sus errores, tienen la paciencia infinita para empezar de nuevo, hasta que sienten una gran alegría al ver la estrella.

“Se llenaron de inmensa alegría” (Mt 2, 10). Tremenda emoción. Dios siempre seduce porque habla el lenguaje de la alegría.

Pues bien, es así como después de Navidad celebramos hoy la segunda epifanía, la segunda manifestación de Jesús como hombre nacido de mujer y como Hijo de Dios enviado por él al mundo.

Es Mateo quien nos da testimonio de esta manifestación no a Israel, como la narrada por Lucas, sino a todos los pueblos de la tierra, a las naciones, a los paganos, a esos hombres y mujeres que estaban "sin Cristo, ajenos a la alianza, sin esperanza en este mundo" (Efesios 2, 12).

Por eso hoy debemos maravillarnos del anuncio que se nos hace: Jesús nació en Belén, es el Mesías de Israel. Pero se manifiesta como el Mesías de Israel que cumple las promesas hechas a sus padres, desde Abraham en adelante (Gn 12, 3; 18.18; 22.18), él es el Salvador de todos los hombres, de todos los pueblos, y trae bendición a todos.

Pues sí, se han cumplido las profecías sobre el nacimiento del Mesías según los Evangelios de Lucas y Mateo: Cristo nació del linaje de David y nació en Belén de Judea.

Las genealogías y los relatos del nacimiento de Jesús así lo atestiguan, aunque durante su vida terrena se llamará Jesús nazareno (Mt 2,23; 26,71) y Jesús el Galileo (Mt 21,10; 26,70).

Si para Lucas el descubrimiento del nacimiento de Jesús lo llevaron a cabo unos pobres pastores que de noche, en los montes cercanos al establo, cuidaban su rebaño (Lc 2, 8-20), para Mateo quienes lo hace son los magos, sabios del lejano oriente.

La Biblia llama a estas personas que no son israelitas, los “goyim”, o sea, paganos. Quiere decir que son personas que no pertenecen a la alianza con el Dios de Israel y que están privadas de la revelación de la palabra del Señor contenida en las Sagradas Escrituras.

Y resulta que los sabios de oriente, estos buscadores de sentido, como diríamos hoy, escudriñando este mundo, este cielo y esta tierra, tanteado la ruta (Hch 17, 27) y después de un largo recorrido, llegan hasta el niño.

Por supuesto, también necesitaban recurrir a Israel, a los judíos para llegar a su verdadero destino, al niño Señor del mundo.

Pero para ellos hay un rastro de investigación que se adapta a su situación: una estrella en el cielo.

¡Atención! El cielo no es dios ni es divino, es más bien una criatura de Dios, al servicio de Dios, pero puede ser un signo, puede dar una orientación a seguir.

Estos sabios son buscadores, gente capaz de partir, de no quedarse encerrada en sus esquemas, de no conformarse con sus horizontes. Parten, emprenden un viaje, siguiendo la estrella, sin saber dónde podría llevarlos.

Cuando llegan a Jerusalén, la estrella desaparece, mostrando a los magos su insuficiencia: el libro de la naturaleza, del cosmos no es suficiente, y por eso tienen que hacer más preguntas sobre el posible nacimiento del rey de los judíos.

¿Por qué preguntan por el nacimiento de un rey?

¿Cómo saben que los judíos están esperando un rey?

¿Por qué dicen que llegaron tan lejos para "adorarlo" como si fuera Dios?

No lo podemos saber, y el evangelio no revela este proceso cognitivo, mucho menos su dinámica psicológica.

Solo nos dice que los magos siguieron un "astro", un signo inscrito en el cielo estrellado y que no buscaron en el cielo sino en la tierra cuál podría ser su destino: no se inclinaron para adorar a la estrella, sino que estaban listos para adorar a aquel a quien anunció la estrella.

En Jerusalén, por tanto, hacen preguntas a los que han recibido la revelación, la Palabra de Dios, con la creencia de que pueden saber lo que ellos todavía no saben.

Sin embargo, pronto se dan cuenta de que sus preguntas son inquietantes para toda Jerusalén, especialmente en el rey Herodes (2, 3).

El rey, como todopoderoso ignorante de Dios y de su acción, hace que los "expertos" pregunten dónde va a nacer el Mesías, el rey de los judíos, recibiendo como respuesta la profecía de su nacimiento en Belén (Miqueas 5, 1 -3).

Ante la noticia del nacimiento de otro rey, Herodes, con mentiras e hipocresía dice que quiere ir a ver al niño para adorarlo (2, 8). No les cuenta a los magos sus intenciones asesinas. Ellos luego comprenderán sus intenciones por medio de un sueño (2, 12).

Luego, los Magos, obedientes a las Escrituras, aunque hayan sido informados por enemigos de ese niño rey recién nacido, se dirigen hacia Belén.

La estrella que los acompaña reaparece, como para profetizar que el libro de la naturaleza y el de la palabra de Dios concuerdan y son unánimes en la convergencia hacia el niño Jesús.

En la gran alegría de esta revelación (2, 10), llegan a la casa y encuentran al niño con María su madre (2, 11).

Una estrella en el cielo y expertos en la Biblia incrédulos los trajeron hasta aquí, frente a una escena pobre y humilde: un bebé recién nacido y su madre.

‘Y entrando en la casa, vieron al niño con María, su madre, y postrándose le adoraron’ (2, 11).

Este es el momento cumbre: se ponen en adoración.

Le ofrecen a Jesús sus dones más preciados, cumpliendo así las profecías sobre la peregrinación escatológica de todos los pueblos, que vendrían desde los confines de la tierra para adorar al Señor (Is 2,2-5; 60; 62,1-2): - el oro que solo los reyes pueden recibir,

- el incienso ofrecido a Dios en la liturgia,
- la mirra medicina de la vida para siempre.

En esa hora cayó el muro levantado entre el cielo y la tierra, cayó el muro que nos colocaba de un lado e Israel del otro, cayó el muro de la enemistad y se hizo posible ser un solo cuerpo (Ef 2, 14). -18).

Desde esa hora, el acceso a la alianza, a la comunión con Dios, a la fraternidad con Jesucristo quedó abierto para todos.

Es una buena noticia para todos, de verdad para todos: nadie está excluido y la acción de gracias se vuelve universal, por parte de todo el orbe terrestre y de todo el cosmos.

Epifanía, manifestación desde lo alto, revelación al pueblo de la identidad de ese niño nacido de María.

El pueblo, con su sabiduría, su búsqueda de Dios tiene una orientación para su búsqueda del sentido del sentido: ¿lo encuentran en el cielo? ¿Lo encuentran en la tierra? ¿Lo encuentran en sus corazones y en sus convicciones más profundas?

Los cristianos respondemos a estas preguntas con franqueza: sí, la pueden encontrar, porque la Palabra de Dios no está más allá de los mares, no está más allá de los confines de la tierra, sino que está cerca de cada de cada ser humano, de su boca y de su corazón (Deuteronomio 30.11-14; Rm 10.6-8).

Solo es necesario escucharla y de forma sencilla debemos ayudarnos unos a otros a discernirlo: nosotros, la Iglesia, Israel, el pueblo, debemos ayudarnos unos a otros, porque todos somos buscadores, todos peregrinos, todos mendigos de la Verdad.

Dios no sólo se ha hecho como nosotros, no sólo está con nosotros, sino que es pequeño entre nosotros.

Quisiera parodiar las palabras del infame Herodes: Infórmate con detenimiento sobre el Niño y avísame para que yo también pueda llegar a adorarlo.

Ese rey, ese Herodes, asesino de sueños aún en infantes, está dentro de nosotros: es el cinismo, el desprecio lo que destruye los sueños del corazón.

Pero quisiera redimir sus palabras y repetirlas al amigo, al teólogo, al poeta, al científico, al trabajador, a cada uno: ¿Has encontrado al Niño?

Busca de nuevo, con atención, en los libros, en el arte, en la historia, en el corazón de las cosas.

Busca sobre todo en el Evangelio.

Busca en la estrella, busca en las personas y en la profundidad de la necesidad de esperanza.

Busca con cuidado, explorando en la hondura del cielo y del corazón, y luego avísame para que yo también venga a adorarlo.

Ayúdame a encontrarlo y vendré, con mis pequeños regalos y con toda la fuerza del amor de mi amor, a adorar al Niño Dios y proteger mis sueños del alma de todos los Herodes de la historia y del corazón.

En fin...

Epifanía, manifestación del Señor.

Este misterio que resume tanto la totalidad de la revelación cristiana, ha dado lugar a una oración extraordinaria después de la comunión, que a menudo rezamos y que te invito a repetir ahora conmigo:

‘La luz de tu Espíritu Santo, Señor,
Nos acompañe siempre y en todas partes,
Para que contemplemos una mirada pura
Y recibamos con amor
el misterio del que tú nos hiciste partícipes’.

Es un gran misterio, del que solo el Señor puede hacernos participar.

Nos corresponde buscarlo y encontrarlo. Las pistas están dadas.

Te vuelvo a preguntar: ¿Has encontrado al niño?